

Rincones y recuerdos de Ciudad Real

Cuando fui invitado a colaborar en el número extraordinario del «Boletín Municipal» de una ciudad tan querida para mi como lo es Ciudad Real, no dudé un momento en hacerlo, a pesar de que entonces nada tenía pensado, o mejor dicho, si algo tenía, no resultaba adecuado; puesto que, dado el carácter de la publicación era preciso que se refiriera, no ya a la Mancha sino al propio Ciudad Real.

Esto me dió bastante que pensar pues ya en varias ocasiones había escrito sobre Ciudad Real. Primero en un artículo en el que traté de narrar mis primeras impresiones, cuando ya me parecían envueltos en las nieblas del pasado los recuerdos de aquellos días en que fui como descubriendo la ciudad en que comenzaba una nueva vida, recuerdos que por lo lejano destilan ya melancolía. Más tarde, tuve ocasión de hablar de los viejos barrios de la Morería y de la Judería, del embrujo de sus calles en el silencio y la oscuridad de la noche, y del encanto apacible del Compás de Santo Domingo. También han salido a relucir los árboles de las plazas ciudarrealeñas, haciendo una especial mención a los «frutalitos» de hojas cárdenas de la Plaza del Pilar, que todos los años, hacia los primeros días de marzo, nos regalan con la belleza de sus precoces florecillas sonrosadas.

Aparentemente nada quedaba, pero ahora vuelvo a insistir en casi todos estos temas, con el ánimo de hacer ver algo que por lo inmaterial resulta difícil de describir. No sé si en las

anteriores publicaciones lo logré, y ahora con nuevos bríos voy a intentarlo otra vez.

Hace muchos años se publicaba en Madrid una simpática revista cuyos redactores tenían la habilidad de lograr un máximo interés a veces con las cosas más intrascendentes e ingenuas. Tales eran encuestas sobre determinados asuntos, hechas por medio de preguntas a personas que entonces figuraban en el primer plano de la actualidad. Siento no recordar exactamente quien fué y a qué lugar se refirió, pero dijo, respondiendo a la pregunta. ¿Qué lugar de Madrid le gusta más?; que había un rincón, creo que en la calle del Ave María, que él quisiera poder estrechar contra su corazón. Ya sé que no se estila hablar de esta manera y hasta parecerá ridículo a algunos, peor para ellos, pero a veces para podernos entender es preciso recurrir a tales metáforas. Así es, hay rincones, no me refiero a grandes plazas o avenidas, que son los que precisamente dan el alma, la vida, a las poblaciones, y con ellos debería tenerse una máxima consideración, al efectuar las necesarias reformas urbanas.

Refiriéndome a Ciudad Real, la población entera me parece un rincón amable, pues como decía Unamuno de todas las poblaciones pequeñas, es un hogar para el alma. Es un rincón perdido en una región de España que tal vez sea la menos conocida. Suele decirse que se encuentra en la Mancha, pero más bien creo que lo está en el Campo de Calatrava o en el límite